El Cuento Azul

publica semanalmente los mejores cuentos y novelas cortas de los más insignes escritores.

Ejemplar: 40 cts.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

La Novela Sugestiva

5

50 EVA LEON Los amantes de Leonor CTS

LOS AMANTES DE LEONOR

La Novela Sugestiva

LOS AMANTES DE LEONOR

por

EVA LEÓN

Ilustraciones de
M. RAMOS

5

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



REO no haber hablado nunca a mis lectores de mi hermana Leonor. Siempre que me refiriera a las intimidades de mi hogar, puse buen cuidado en no mencionar a esta mi hermana mayor, que, al desaparecer de casa, bajo las justas recriminaciones de mi madre, que hubiese querido para Leonor un más noble, honesto y menos abultado desenlace que tuviera su primer noviazgo, la pagó conmigo, creyéndome su delatora, suministrándome una estupenda paliza, de la que conservo aún, ¡ay!, un muy amargo recuerdo.

Para mí, Leonor, desde aquel día, estaba como muerta. Durante años enteros no tuve noticia alguna de su vida, ni tampoco yo hiciera nada por saber de ella. Pero hace unos días Leonor se me presentó en casa, deshecha, rota por la vida, llenos los ojos de lágrimas... Y la estreché piadosa y

fraternalmente contra mi corazón. Al fin y al cabo era mi hermana.

¡La pobre Leonor! Me contó su historia ce por be, sin omitir detalle alguno, con la sinceridad con que un alma crédula confiesa sus pecados a un sacerdote.

Los amantes de mi hermana fueron numerosos. Diez... Tal vez más. Hombres apasionados, llenos de amor, de un amor todo sacrificio; hombres libidinosos, atentos tan sólo al placer lujúrico; hombres sin corazón y sin romanticismo alguno, para quienes el amor es un sentimiento ridículo, propio de señoritas cursis y de colegiales incautos; hombres conquistadores de mujeres, sin otra perspectiva que ir de mujer en mujer, volublemente, como mariposa que no sabe escoger...

¿Por qué mi hermana, bella, graciosa, buena, leal, a pesar de todo, no supo hallar entre sus amantes un esposo, o, cuando menos, un hombre que la guardara para toda su vida, como sempiterna compañera fuera de la cual no es preciso buscar la felicidad, por hallarla en ella a raudales? ¿La fatalidad? ¿O ese irreprimible impulso, misterioso y cruel, que quiere que la desventurada que comienza a rodar no pueda detenerse en un remanso donde rehacer su vida, para rehabilitarse, siendo buena y fiel?

Los amantes de mi hermana no fueron buenos ni malos, sino... hombres tan sólo. Algunos de

ellos, en la correspondiente aventura, son novelables. Y por eso, en esta nueva etapa de mi vida literaria, voy a aprovechar lo que mi hermana me contara de sus amantes para dar que hacer a las linotipias, ofreciendo de este modo al lector mi primera producción de 1930.





Mi primer amante fué... mi primer novio. Eduardo. Un muchacho ni bien ni mal. Ni listo ni torpe. Ahora que de picardía sabía un rato muy largo. ¿Qué más se necesita para hacer perder la honra a una doncella?

Conocí a Eduardo en la Bombilla. *Era una tarde de mayo,* como dicen en *Ramona*. Y domingo. La animación del merendero era extraordinaria. Eduardo se me acercó a mí como tantos otros, invitándome a bailar. Nada me dijo mi corazón cuando mi cuerpo se estrechaba contra el de aquel hombre. El me miraba con ojos abrillantados por la lujuria, y de cuando en cuando me dirigía alguna trivial galantería. Luego me invitó a apurar una botella de cerveza. Yo no hubiese aceptado de no haber tenido una sed atroz. Aquella sed, para mí histórica, decidió del curso de mi existencia...

—¿Tiene usted mucha sed?—me dijo, viéndome beber ávidamente.

—Sí—le confesé.

El me acariciaba con la mirada. (¿Con la mirada nada más?) Y, al propio tiempo, por su imaginación debía de cruzar la idea aleve de mi conquista.

Me reuní con las amigas con quienes fuera al merendero aquel. Pero Eduardo no tardó en acercarse nuevamente a mí, invitándome otra vez al baile. Tenía ya su definitivo plan de ataque, sin duda...

Se hizo más meloso, más insinuante. Su mano derecha, a veces, abandonaba mi cintura para posarse querenciosa sobre más prominentes carnosidades...

Promesas de amor...

¡Dios mío! ¡Cuántas veces he oído las mismas frases de amor que Eduardo me dijera aquella tarde, para inclinar mi corazón hacia él! No, poetas; en la vida real los hombres no disponen de un variado vocabulario para conquistarnos. Las frases suelen ser siempre las mismas, más o menos torpemente exhaladas, con mayor o menor fuego. Y después de oídas la primera vez... ¡Y todavía hay quien vitupera y se asombra de la insensibilidad de las cortesanas!

Eduardo, pues, se me declaró francamente. Y como yo acababa de cumplir diez y siete años, rosa recién abierta al beso del amor, le correspondí sin vacilación alguna. Y le amé sincera, pasionalmente, con toda la encantadora ingenuidad de un alma ayuna en las lides del amor.

Pasara con Eduardo los momentos más dulces de mi existencia. Y no diré los más puros, porque mi novio, desde el primer instante, desterró todo romanticismo en nuestras relaciones, y sus manos cantaron sobre mi cuerpo los más realistas y eróticos poemas.

Yo experimentaba una dulce desazón bajo sus caricias. Cuando por primera vez sus labios se posaron apasionadamente sobre mi boca, sentí en todo mi ser un estremecimiento tan extraño que cerré involuntariamente los ojos, presa de un dulce malestar. ¡El debió de sonreír, victorioso, al darse cuenta, sin duda, el muy pillo, de que mi carne era terreno abonado para que naciera en ella la ardiente flor del pecado que tan arteramente estaba sembrando!

Inclinada a la voluptuosidad, pronto fuí vencida por el que espiaba mis desfallecimientos para apoderarse de lo que no se debe entregar sino al esposo...

Ello sucedió de la siguiente manera:

Eduardo me dijo un día; mejor dicho, una noche en que estábamos *mu apretaítos* los dos junto a una valla, vecina a mi casa, donde solíamos pelar la pava y algo más:

—Chiquilla, se me está ocurriendo una idea que...

—No me la digas—le atajé, poniéndole una mano sobre la boca para interrumpirle.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor es tan sugestiva que me voy a entusiasmar. Y no quiero. Ya te he dicho que las ideas buenas que se te ocurran, las dejas para cuando estemos casados.

—Que va a ser muy prontito, rica, pues estoy que no puedo más.

—Eso deseo yo: que sea cuanto antes; porque a mí también tú me tienes...

Las manos audaces de mi novio se pusieron en movimiento.

Yo protesté:

—¡Déjame, hombre! ¿Por qué no tienes piedad de mí?

—¿Y tú de mí?

Reímos. Y Eduardo, seguidamente, volvió a su idea:

—Sí, mujer. Se me ha ocurrido una idea genial, estupendísima. Conque tú me ayudes un poquitín, la ponemos en marcha... ¡y va a ser la caraba! ¿Quieres conocerla?

Me encogí de hombros. ¡De todas maneras, él acabaría por decir lo que se le ocurriera!

—Explícate.

—¿Tú no has visto Sevilla?

—No.

—¿Ni la feria?



Recliné sobre su hombro la cabeza

—Claro. Si no he visto Sevilla, ¿cómo quieres que haya podido ver su feria?

—Bueno, chica, pues ¡jamón! Ya lo dice el refrán: «Quien no ha visto Sevilla, no vió maravilla».

—Veo que estás hecho un Sancho Panza. Bien. ¿Y qué me quieres decir con eso?

—Pues muy sencillo, preciosidad: que con los cuarenta duros que me tocaron anteayer a la lotería, podíamos pasar en Sevilla tú y yo cuarenta y ocho horas estupendas. Nada más que eso.

¡Sevilla! ¡La feria de Sevilla! Para mí era cosa de pandereta, algo de cuento oriental. Sí, me hubiese gustado dar una vueltecita por Sevilla; pero con Eduardo...

—¿No te atreves?

—Mi madre...—invoqué.

—¡Oh! Buscaríamos un pretexto para que te dejase.

—¿Y dónde iba yo a acostarme?—pregunté ingenuamente.

—¡Pues en la cama!—rió Eduardo.

—Ya lo sé. Pero ¿cómo?

—Boca arriba o boca abajo, como a ti te dé la gana.

—¿Y solita?

—¡Natural! La compañía no es obligatoria.

Reímos. Y quedé pensativa. El plan no podía ser más seductor. ¡Cuarenta y ocho horas en Sevilla, visitando su famosa feria! La Giralda...

La Torre del Oro... El puente de Triana... El Guadalquivir... ¡Y Eduardo a mi lado, diciéndome cosas lindas, llevándome a todas partes!

Suspiré.

—¿No te decides?

—No sé...

Siempre, cuando yo he dicho esta frase, ha sido en la antesala de la capitulación. ¿Me quieres, Leonor? No sé. ¡Y es que le quería con toda mi alma! ¿Serás mía, Leonor? No sé. ¡Era ya su esclava!

Eduardo, que conocía la papeleta, al oírme decir «No sé», me abrazó apasionadamente, haciendo caso omiso de mi protesta, viéndome de semejante modo atacada en una valla pública, y me dijo:

—Mañana, ¿eh? Anochecido sale el rápido.

Lancé una carcajada.

—¡Pues no corres tú poco, hombre! ¡Y nada menos que en el rápido!

—Para llegar antes, mi reina.

—Bueno. Pues mira: lo primero que tengo que hacer es consultarlo con la almohada, luego con mi madre, y después..., ya te diré lo que se decida.

—¡Huy!

—Palabra, hombre.

—Tu madre no te da permiso. Eso es histórico.

—Para ir a Sevilla contigo, no; pero para pa-

sar un par de días con mi tía la de Torrelodones, puede que sí.

—¡Eres genial, Leonor!

—Soy, sencillamente, una mujer que te quiere mucho y es capaz de ir contigo a Sevilla y al fin del mundo.

Bueno, aquella noche la escenita de la valla no sé cómo no acabó en la Comisaría por escándalo público.

Y al día siguiente, por la noche, mi novio y yo salíamos con dirección a Sevilla.

Parecíamos dos recién casados. Y, efectivamente, resultó, como se verá, un verdadero viaje de novios.

Afortunadamente para mi virginidad, no íbamos solos en el vagón; pero hubo un momento en que así lo pareció, a juzgar por lo profundamente que dormían los tres viajeros que nos acompañaban.

Era ya más de media noche. Sólo se oía el traqueteo del tren, interrumpido tan sólo por el desgarrado silbar de la locomotora al cruzar ante las dormidas estaciones cuya importancia no era lo bastante para que el rápido se detuviese allí.

Eduardo no dormía. Sentado en su sitio, dejaba que yo reclinara sobre su hombro la cabeza, dirigiéndole de cuando en cuando miradas de arrobo en un abrir y cerrar de ojos, indicadores de que el sueño, a pesar de mi imploro, no gustaba de mí.

No se había aprovechado mi novio hasta entonces, verdaderamente. Si alguna vez sus manos fueran acariciadoras hacia mi cuerpo, lo hicieran con suma discreción, y si sus labios rozaran mi boca, fuera tan leve y rapidísimamente!... Así que yo iba muy confiada ya de que mi novio no cometería conmigo ningún desafuero. Pero ¡sí, sí! ¡Para que se fíe uno de la calma chicha! De pronto, Eduardo me besó dulcemente en la nuca, de un modo estremecedor, y me susurró junto al oído:

—Leonor, ¡si tú quisieras!

—¿Qué? ¿Alguna diablura?—murmuré en voz baja.

—No, mujer. Tan sólo que te extiendas a lo largo del asiento... para que descanses mejor, para que duermas...

—¡Guasón!

—Que sí, mujer.

—¡Ca! Eso no se dice con esos ojos de pillín que tú tienes en este momento.

Frente a nosotros iban los tres viajeros que nos acompañaban; en nuestro lado, tan sólo Eduardo y yo.

Hice caso a mi novio, a pesar de todo, y me extendí cuan larga era en el asiento, apoyando la cabeza, a manera de almohada, sobre las piernas de Eduardo. Y le amenacé graciosamente con el dedo, antes de entornar los ojos:

—¡Como llegues a hacer el malo!...

¿Verdaderamente se proponía mi novio que yo descansase, que yo pudiera dormir santamente? No podía creerlo. Y la duda erraba en mis labios

aún, entreabiertos en una sonrisa de escepticismo, cuando de pronto una mano aleve fué por mi cuerpo en un revolar de audacia y...

Abrí los ojos en susto y murmuré:

—Eduardo, ¿qué haces? ¿Qué pretendes hacer?

—No temas. Déjame tan sólo hacerme la ilusión de que realizamos nuestro viaje de novios, de que acabamos de casarnos, de que...

Intenté incorporarme, llena de inquietud. Pero Eduardo me lo impidió suavemente, suplicando:

—No, no. No te muevas. Déjame hacer. Sé buena conmigo. ¡Si nada ha de pasarte! Si es tan sólo un simulacro.

Acabó por vencer mi resistencia. E inició lo que él llamaba un «simulacro».

Lancé de repente un grito. De miedo, de susto, ¡qué sé yo!

Y, sin embargo, nada había sucedido de grave, de irreparable.

Un viajero se despertó, asombrado, y, seguidamente, rompió a toser de una manera estruendosa; los otros dos también se despertaron. Y todo ello fué tan rápido, que nosotros no tuvimos tiempo para deshacer nuestra equívoca actitud.

¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Qué vergüenza!

Oímos una sonora carcajada; después una aguda risita. Y otra vez el de la tos, como si quisiese desprenderse de sus pulmones...

Quedé extendida y cerré los ojos para no volver a abrirlos hasta que llegamos a Sevilla. Parecía hallarme sumida en un profundo sueño, a pesar de que éste se encontraba más lejos de mí que nunca. ¿Eduardo? No sé con qué cara miraría a los demás, si es que los miraba. No volvió a dirigirme la palabra, ni a intentar el menor contacto conmigo...

Al descender del vagón, en la estación de Sevilla, oí claramente cómo uno de los viajeros decía a su compañero en voz baja:

—Se explica. Son dos recién casados. ¡La luna de miel!

La luna de miel fué, a pesar de todo, porque una vez en la divina ciudad andaluza...

¡Oh noche sevillana, inolvidable, sin par, hecha de dolor y de alegría, de insomnio y de amor! ¡Cómo te llevo en mi memoria y en mi corazón!

Después fué la pena, y el abandono, y la huída de mi casa, llevando en mí, como una cruz, el fruto de mi culpa; pero aquella noche... ¡Oh!





NTONIO. En él creyera hallar la felicidad, luego de la desgracia que me hiciera abandonar mi casa, y cuyo final fuera... tablas, ya que tuvieron que hacerme la cesárea para que mi vida se salvase a costa del hijo de unos amores desgraciados, puesto que Eduardo, en cuanto vió lo que se le venía encima, me abandonó cobardemente.

Luego de una larga convalecencia, de la que mi belleza saliera invicta, surgió Antonio, como sol reconfortador tras el frío chubasco.

La mayor seducción de Antonio era su palabra. ¡Sabía hablar de un modo!... Me conquistó desde nuestras primeras entrevistas. Cuando hablaba, parecía que su corazón y su alma se asomaban a sus labios. Su voz era suave, como en susurro; rico en imágenes, sus frases eran como multicolor juego

de pirotecnia, que deslumbrase al propio tiempo que llenara el alma de una inefable beatitud.

De estos amores, plácidos, luminosos, llenos de días de una intensa felicidad, lo más interesante fuera la ruptura, cómo se extiguieran después de haber vibrado tanto...

Antonio me había dicho siempre:

—No me mientas nunca, Leonor. La mentira es para mí lo más odioso que hay en la vida, lo que yo no puedo nunca perdonar. La mentira, entre un gran amor, es tan traición como la traición misma. ¡La mentira es, quizá, lo único que puede lograr separarnos!

Y yo, que tan feliz era con él, que tenía mi vida resuelta, que era ya un claro remanso de felicidad, mentí a aquel hombre... ¡y le perdí!

Fué de esta manera:

Hacía una noche de horrible calor. Estaba yo sola en casa. Antonio se hallaba en la Sierra, con su familia. Eran ya cerca de las doce. No me decidía a acostarme. Junto al balcón, el ruido de la calle me mareaba. Decidí salir. Iría a tomar una caña de cerveza a cualquier parte, dando un paseíto hasta las dos. Pensé en Rosales y allá me dirigí.

Allí mismo sentada junto al velador de un quiosco, me fuí tomando a sorbos la cerveza. En Rosales, por lo menos, se respiraba. Y dejé pasar el tiempo, sin prisa. Cuando regresé a casa eran ya cerca de las tres de la madrugada. Eso fué todo.

Ningún hombre se me acercó, ni yo hubiese aceptado su compañía.

Al día siguiente Antonio estaba de regreso en Madrid. Estuvo conmigo amantísimo, como siempre. ¡Y pasamos una ardiente noche de amor!

Dos días después le hallé sombrío.

—¿Qué te sucede?—le pregunté.

—Nada—me contestó—. ¿Y a ti?

—¿Qué quieres que me suceda?

—¿Ni te ha sucedido?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada...

Callamos.

Comprendí que algo le torturaba y me abracé a él, suplicante:

—¿Qué te sucede, Antonio? Dímelo.

El cerró los ojos, como si no quisiera verme.

—¿Por qué me huyes, Antonio de mi vida?

El sonrió amargamente. Luego dijo:

—Porque tú no eres ya la misma para mí.

—¿Por qué?

Oprimiéndome los brazos con sus manos, hasta el dolor, me dijo, mirándome profundamente en los ojos, como si quisiese arrancarme un terrible secreto:

—¿No me has traicionado, Leonor?

Palidecí ante la cruel interrogación.

—¿Traicionarte yo? ¿Por qué?

—¡Confiesa ya!

—¿Confesar qué?

—Tu traición.

—¡Pero si yo no te he traicionado!

El calló de nuevo. Me abandonó y fué a echarse, sollozante, contra el lecho, pues esto sucedía en la alcoba.

Quise consolarle. El me rechazó bruscamente, lanzándome un feroz e injusto insulto que me hizo huir de él.

Pasaron las horas. Los dos nos retorcíamos en dolor y en pena. Al fin Antonio vino hacia mí y me dijo:

—Anda, arréglate, que vamos a salir.

Obedecí en silencio. Diez minutos después nos hallábamos en la calle.

—¿Dónde vamos?—le pregunté.

—A Rosales, a tomar el fresco—me contestó irónicamente.

Una sospecha cruzó por mi mente.

—¿Acaso es que crees...?

—¿Qué?

—Nada, Antonio. Eres tú quien debe hablar ahora. Tu desconfianza sólo merece mi silencio.

Se encogió de hombros mi amante. Y echamos a andar, silenciosos, como dos fantasmas que caminasen hacia la Fatalidad.

Llegamos a Rosales y nos sentamos junto a uno de los veladores del quiosco donde pocas noches antes tomara yo la cerveza. Al acercársenos el camarero, Antonio le dijo:

—Oye, Amalio: ¿conoces a esta mujer?



Comenzó a mariposear de un lado para otro

El camarero se me quedó mirando. Luego dijo:

—Sí. Creo haberla visto hace pocas noches por aquí.

—¿A qué hora?

—A eso de las dos.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Estaba sola?

—Sí.

—Bien. Tráenos dos cañas.

Yo no había despegado los labios, ni después del interrogatorio nada dije. Sonreía amargamente, tan sólo.

Ante mi silencio, Antonio dijo:

—¿Nada alegas en tu defensa?

—Nada.

—¿Y así me has engañado?

—Así.

—¿Quién es él?

—¿El? ¿No te lo ha dicho el camarero?

—¿Y después?

—¿Después qué?

—¿Dónde estuviste?

—En casa.

—Mientes.

—¡No!

—¡Sí!

Me encogí de hombros. Una lágrima rodó luego por mis mejillas. ¡Era llorando al cadáver de un gran amor! Comprendí que en adelante no sería

ya creída. Y nada hice por retener a aquel hombre, que perdiera por el solo delito de no haberle confesado en cuanto le viera que en una noche de terrible calor salí sola a tomar una caña de cerveza a Rosales.

Sin mi torpeza, ¡quién sabe! A estas horas sería yo feliz, muy feliz con aquel hombre, que tanto me idolatraba, pero que odiaba la mentira con tanta fuerza como me amaba a mí.

Y voy a contarte ahora, Eva, un episodio más ameno. Algo de mis amores con Enrique, el más jovial de los hombres que han pasado por mi corazón y por mi cuerpo.





AY mujeres que, cuando se encuentran sin recursos, no hallan más solución que el hombre. El hombre, para ellas, es fuente de toda abundancia. El trabajo no las atrae, nada les significa; el hombre lo es todo, especialmente la suprema facilidad. El hombre puede darlas amor y dinero, resolverlas una situación económica desesperada y ¡hasta llevarlas en coche!, como me decía en cierta ocasión mi amiga Carmen, carne de lupanar, que acabara, como tantas otras engañadas, en... coche, verdaderamente, pero para hacer un postrer y temprano viaje desde el hospital al Este.

Yo conociera a Enrique por necesidad. ¡Aquel día no había yo comido, y la perspectiva de cenar no aparecía por parte alguna! Y yo, que nunca trabajé, pues siempre el trabajo me horripilara, a más de que trabaja el que puede y no el que quiere,

digan lo que quieran los moralistas, pensé venderme para poder comer.

¿Dónde ir?

Al alcázar de la alegría, *soi disant;* al cabaret. Allí, por lo menos, cuando se pesca, se suele pescar en grande. Y yo necesitaba un pez gordo para salir de la terrible miseria en que me hallaba sumida.

Pero como para ir al cabaret hay que esperar por lo menos hasta pasada la media noche, entretuve mi hambre con un humilde panecillo y diez céntimos de patatas fritas a la inglesa. ¡Es la cena más frugal que he hecho en toda mi vida!

Excuso decirte, Eva, con las tripitas con que penetraría yo en el cabaret, que, por cierto, se hallaba animadísimo.

Comencé a mariposear de un lado para otro y no tardé en encontrar pareja de baile.

Era un hombre de unos veinticinco años, de rostro simpático, moreno, que acababa de penetrar en el establecimiento. Se me aproximó sonriente y me instó a que bailásemos. Yo, naturalmente, acepté.

Junto a mí, mi pareja, Enrique, comenzó a elogiar mi belleza, asegurándome que yo era una de las mujeres más bonitas que él había visto en su vida. Y se estrechaba contra mí febrilmente, en un premioso contacto que yo no rehuía. Me habló de amor, me besó en la boca...

Y yo pensaba en mi hambre sin satisfacer, cada

vez más feroz, mientras sonreía acogedora, llamándole embustero y diciéndole que todos los hombres eran lo mismo, y que aquel entusiasmo que hacia mí demostraba sería como fogata de virutas.

El me aseguraba que, si yo aceptaba, aquello no quedaría reducido a un amor de cabaret, de sólo una noche, sino que nuestras vidas se unirían en un amor eterno.

Acabó por invitarme a champán y ocupamos una mesa.

Yo respiré, esperanzada. En cuanto la ocasión se presentase, la invitación se extendería a una espléndida cena, que yo no me atrevía a solicitar de aquel hombre.

Bebí con avidez, ya que no me era dado satisfacer mi apetito. Y bailamos nuevamente.

Comencé a sentirme mareada, mientras él, contra mí, que no me defendía, que acogía todos los asaltos, enardecíase cada vez más. Sus manos se apoyaban golosas e insinuantes en lo más selecto de mis carnosidades y sus labios buscaban sin cesar mi boca.

Más champán.

Acabó por proponerme:

—¿Vámonos ya?

—Como quieras.

Semiborracha, quería escapar de aquel infierno, en el que se me figuraba que el castigo principal consistía en bailar y beber champán... con el es-

tómago vacío. Mil veces había estado por decir a Enrique:

—¡Dame ya de comer, que me muero de hambre!

Pero no me había atrevido. Mis ojos se clavaban en él y se lo decía tan sólo con el pensamiento. Mas él no se daba cuenta de nada más sino de mi cara guapa, como él decía, y de mi cuerpo gentil, que, con las notas del tango o del fox, palpitaba voluptuoso.

Salimos. El aire fresco del amanecer pareció disipar un tanto mi embriaguez.

—¿Dónde vamos?—le pregunté.

—Sígueme y verás.

Reíamos. Yo, de una manera inconsciente; él, picaresco y sutil, prometiéndose unos instantes dichosísimos.

Y en el auto que nos condujera al nido de amor donde Enrique me llevaba, enloqueció junto a mí el hombre aquel, prodigándome las más osadas caricias, que yo no tenía fuerza para rechazar, que acogía mansamente, como esclava sin alma, dominada tan sólo por la idea de satisfacer mi hambre.

—¡Te voy a comer!—exclamó en determinado instante de lujuria Enrique.

Y yo reí al contestar:

—¡Y yo también a ti!

Porque estaba viendo que, de prolongarse mucho aquella situación, eso acabaría yo haciendo con mi tirano.

El auto se detuvo, y momentos después nos encontrábamos en una suntuosa habitación que suscitara también mi risa al considerar que ni el rey de los vinos había bastado para apagar mi hambre ni aquel lujo tampoco lo aplacaría. ¡Con lo que hubiese agradecido yo un humilde y plebeyo bocadillo de jamón de dos reales!

Y fué el amor, o la lujuria, como se quiera llamar a lo que entre Enrique y yo sucediera.

Una vez saciada su ansia de hembra, Enrique me besó apasionada o agradecidamente, y me dijo:

—Y ahora, nenita de mi vida, a dormir hasta lo menos las doce o la una.

Chica, no pude más. Aquella perspectiva me exasperó de tal manera que, incorporándome vivamente en el lecho, grité a mi amante:

—¡Eso sí que no! ¡Dormir, dormirás tú, porque yo hace la mar de tiempo que no he comido, tengo un hambre feroz... y necesito comer!

Lo debí de decir con acento tan cómico, que Enrique soltó una estruendosa carcajada.

Comí, minutos después. Y no impidió mi salida de tono para que Enrique y yo, durante una larga temporada, fuésemos los amantes más dichosos de la tierra.



AMASO, o el triunfo de la tenacidad, pudiera titularse esto que ahora voy a contarte, Eva.

Yo vivía muy contenta con Enrique en un pisito de una linda casa de la calle de Torrijos, cuando me salió un nuevo optante al disfrute de mi belleza.

Era un hombre de unos cuarenta años escasos, extremadamente afable, con quien solía encontrarme muy a menudo en la escalera. Este hombre, al verme, se quitaba respetuosamente el sombrero y me saludaba con una efusión asaz sospechosa. Yo le correspondía de buen grado, pensando:

—He aquí un futuro candidato a mi personita guapa, que me conviene tener en la reserva..., ¡por si las moscas!

Pasaron los días. Dámaso, que así se llamaba aquel hombre, extremó conmigo sus obsequiosi-

dades. Llegó a dirigirme algunas galanterías. Yo le sonreía levemente, pero manteniéndole a raya, pues no pensaba ni lo más remotamente del mundo ser infiel a Enrique. Porque eso sí: yo habré podido olvidar en plazo más o menos breve a los hombres que me han amado, pero serles infiel durante nuestras relaciones, ¡jamás!

Yo no he sido nunca una mujer viciosa, sino mariposa que va de un corazón a otro en busca de un hogar. Si la desgracia se cebara en mí, arrebatándome uno tras otro los hombres que en mí pusieran sus ilusiones, ¡yo qué le iba a hacer! ¿Qué más puede otorgar una mujer a un hombre que amor y fidelidad? Eso di a raudales a mis amantes, y en este particular mi conciencia no tiene nada que reprocharme.

Por eso, aun cuando Dámaso no me parecía un mal partido y hubiera llegado a compartir mi vida con la suya en un momento dado, no le animé en sus propósitos amatorios, y hasta, a medida que sus insinuaciones eran cada vez más vehementes, mi desvío hacia él crecía.

Al fin un día se me declaró abiertamente, al encontrarme, por azar, en la calle de Alcalá. Quiso que fuéramos a un café, pero yo me negué:

—No insista usted, vecino—le dije—. Conoce usted mi situación, ¿verdad? Sabe que soy casada, ¿no? Pues entonces no insista.

—¡Pero es que yo la quiero a usted con toda mi alma!

—¿Y qué quiere usted que le haga yo? ¡Haber llegado antes a mí que mi marido!—reí.

Quedó él silencioso. Y como yo fuera ya a alejarme, me dijo:

—¿Y no hay ningún medio para poder conquistarla a usted?

—Yo no le veo.

—¿Y si su marido no le fuera a usted fiel?

—¿Tiene usted la prueba?

Dámaso movió negativa y desconsoladoramente la cabeza.

—Entonces...

Acercándose vivamente a mí y mirándome fijamente en los ojos, aquel hombre me dijo:

—¿Y si algún día la tuviese?

Me encogí de hombros, incrédula.

—¿Y si la tuviese?—insistió él.

—Entonces hablaríamos—contesté yo, por decir algo.

—¿Nada más que hablar?

—¡Hombre! ¡Por algo se empieza!

Reímos los dos. El me tendió la mano, que yo no me atreví a rechazar, diciéndome:

—Trato hecho.

Y nos separamos.

Pasaron los días. Yo no volví a pensar en semejante cosa. De cuando en cuando me encontraba con Dámaso, que se limitaba a sonreírme afablemente, dirigiéndome tan sólo breves palabras de salutación.

Una noche de invierno, eran ya más de las doce oí llamar insistentemente a la puerta de mi casa. Yo no dormía. Me hallaba escuchando la radio en espera de que llegara Enrique. En el primer instante creí que sería él; pero desechéé rápidamente la idea al considerar que mi amante no solía nunca llamar, por la sencilla razón de que siempre llevaba consigo el llavín de la puerta de entrada.

Me inquieté un tanto, y hasta estuve por no contestar, temerosa de que fuese un malhechor. Me decidí al fin, y aproximando mi rostro a la mirilla de la puerta, inquirí:

—¿Quién es?

—Yo — contestó una voz que no reconocí al punto.

—¿Usted? ¿Quién?

—Dámaso. ¿No me reconoce usted? Haga el favor de abrirme y nada tema.

—¿Qué desea usted?

—Abra y se lo diré.

Como nunca temiera a un enamorado, no tuve inconveniente alguno en abrir la puerta y en parlamentar con aquel hombre, sin franquearle la entrada de mi casa, empero.

—¿Qué le trae a usted por aquí a hora tan intempestiva?—le pregunté.

—Usted me perdonará; pero la hora no la he escogido yo, precisamente, sino su marido.

—¿Eh?

—¿Usted no recuerda la conversación que usted y yo tuvimos en la calle de Alcalá hará unos dos meses?

—No...

—Hablamos sobre la fidelidad de su esposo, y usted me dijo que...

—¡Ah, sí! ¡Ya sé!

—Pues vengo a tomar posesión de usted.

Retrocedí vivamente, como si fuera a morderme una víbora, exclamando:

—¡Eh! ¿Qué me dice usted?

—Que ha llegado el momento, según convinimos, de que usted sea mía, porque su marido ya no es de usted.

Pareció como si me clavaran un puñal en el pecho. Cerré los ojos, llena de dolor, y dije:

—Eso no es verdad.

—Si no lo fuese, yo no me hubiera atrevido a venir a importunarla en semejante hora. Además, oí el altavoz, supuse que estaría usted levantada... ¡Y era la ocasión! Mañana, si me hubiera usted pedido pruebas, yo no hubiese podido dárselas; ahora, en este momento, sí...

—¿Cómo?

—Venga usted conmigo, si lo duda.

—Si Enrique me engañase verdaderamente... —murmuré.

—¿Qué?

—No amanecería sin que yo me entregara a usted—contesté llena de celos, sedienta de venganza.

—Vamos, pues, y se convencerá usted.

Me puse un abrigo y salimos a la calle.

—¿Muy lejos?—pregunté a Dámaso.

—¡Oh! Para un buen auto no hay distancia que valga—contestó mi pretendiente, sonriendo.

Pronto hallamos un auto.

Nos metimos en él, y Dámaso ordenó al chofer:

—A Las Rozas, a casa de Mariquita. ¡Y pronto, que habrá buena propina!

El auto se puso en marcha. Yo iba nerviosísima. No hablamos ni una palabra. Dámaso, de cuando en cuando, me dirigía amorosas miradas, sin esbozar ningún gesto lascivo, seguro de vencer, sin duda, y comprendiendo que, en muchas ocasiones, la prudencia vale más que la audacia.

No tardamos en llegar a Las Rozas.

En cuanto el auto se detuvo, pregunté vivamente a mi acompañante:

—¿Es aquí donde se encuentra mi marido?

—Sí.

—¿Le veremos?

—Probablemente no. Pero le oiremos, y de un modo que seguramente alejará de usted toda duda.

—Está en un reservado, ¿verdad?

—Sí. A solas con una mujer.

—¿Y usted cómo lo ha sabido?—le dije a quemarropa.

Dámaso se encogió misteriosamente de hombros y, sonriente, me dijo:



Reconoció la voz de Enrique

—Comprenderá usted, Leonor, que todas estas cosas cuestan dinero. Es todo cuanto por el momento puedo decirla.

Y penetramos en el *restaurant* de Mariquita, conocidísimo del perfecto juerguista madrileño por sus discretos reservados.

El camarero, al vernos, sonrió a Dámaso y, sin pronunciar palabra alguna, nos condujo a un reservado, cuya puerta cerró tras sí discretamente.

—¿Y ahora?—pregunté a Dámaso, intrigada.

—Ahora... escuchemos.

Y haciéndome señas de que aproximara, como él lo hiciera, un oído al tabique, escuchamos...

Inmediatamente reconocí la voz de Enrique.

¡Oh, lo que pasó entonces por mí!

A mi lado Dámaso sonreía, rodeando mi cintura, como si ya tomase posesión de mí.

—¡Dame tu boca, dame tu...!—decía Enrique con voz que la lujuria angustiaba.

No quise escuchar el resto de la frase. Me volví rápidamente a Dámaso y le eché los brazos al cuello en amorosa desesperación, besándole y diciéndole en los respiros que me dejaba mi efusión:

—¡Tuya soy! ¡Llévame donde quieras, lejos de ese hombre! ¡Voy a quererte!...

Y enloquecida, sedienta de venganza:

—¡Y tómame ya, aquí mismo! ¡Para que él también oiga mis besos y mi suspirar de amor!

Dámaso sonreía, triunfador.

Hubo un beso largo, en el que parecieron fundirse nuestras vidas.

Caímos sobre un diván allí vecino, sin que nuestras bocas se separaran, en un derrumbamiento lujurioso...





De Manolo guardo un recuerdo romántico. Nunca me han gustado los hombres demasiado jóvenes, por parecerme frutos poco en sazón. La primavera tendrá sus encantos, no digo que no; pero yo le encuentro más sabor al estío.

Manolo era una perita en dulce. Diez y ocho años...

Mis amores con Manolo fueron para mí como un alto en mi vida pasional, como un cándido remanso donde apagar durante una corta temporada esa sed de ideal—romanticismo y pureza—que suele haber en todos los corazones, por mucho que hayan envejecido en las lides amatorias.

Claro que yo me di cuenta desde el primer instante que aquello no tenía un sólido fundamento, y que no podía ir más allá de unas cuantas sesiones; pero mientras otra cosa se presentaba, y con-

siderando que a falta de pan buenas son tortas, viví hasta con cierta complacencia aquella página que en el libro de mi vida se empeñara en escribir el Destino.

Y como a modo de preáumbulo esto ya está bien, entendámonos ahora de lleno con Manolo.

Manolo era rubio, de ojos azules, llenos de vida, y llevaba siempre la cabeza destocada, como un buen ejemplar precursor de nuestra juventud 1930.

He aquí cómo caí yo en sus brazos:

Fué en un baile de máscaras, poco antes de Carnaval.

Había ido yo al teatro donde aquél se celebraba tan sólo por matar el aburrimiento que aquella noche me consumía, aun cuando no descartaba la posibilidad de una aventura que terminase con mi reciente «viudez».

Apenas penetrara en el salón, una mascarita se me aproximó, invitándome a bailar. Yo acepté sin gran entusiasmo, únicamente por aquello de ir haciendo boca. Porque mi pretendiente, tan misteriosamente encapuchonado bajo un centenario dominó, me olía a viejo verde. Y ese género, la verdad, nunca me ha gustado.

Como bailar, bailaba ágilmente el hombre aquel. Y su voz era insinuante y fresca.

—Después de todo—me dije—, me haré la ilusión de que se trata de un hombre de treinta a cuarenta años, que son los de mi cuerda...

Y escuché complaciente sus palabras y no rehuí el contacto lascivo de sus piernas al hundirse, en el baile, entre las mías. Y hasta acepté la invitación que me hiciera de apurar con él una botella de champán en el ambigú, una vez llegado el primer descanso.

De pronto comencé a sentir una gran curiosidad por conocer la edad aproximada de aquel hombre, empeñado en no quitarse la careta ni en el ambigú.

Llegué a preguntarle:

—¿Cómo no te quitas la careta, mascarita? ¿Tan feo eres?

—¡Ca! Es por todo lo contrario; es decir, porque soy muy guapo y no quiero que te enamores de mí.

—¿Cuántos años hace que cumpliste los cuarenta?—le contesté, insidiosa.

—Me falta un rato largo todavía—dijo él riendo.

—¡Quiá!

—Luego te lo demostraré, paloma mía.

—¿Luego? ¿Cuándo?

—Cuando te halles en mis brazos.

—¿Eso esperas?

—¿Por qué no? Yo sé ser generoso con mis amiguitas.

—En ese caso, ¡quién sabe!

La aventura comenzaba a interesarme.

De nuevo reanudóse el baile. Volvimos a la sala. Mi probable vejete parecía estar entusias-

mado conmigo. Me oprimía febrilmente contra su cuerpo y buscaba mis labios, que de vez en vez solía alcanzar. Sobre mi cintura, su mano derecha se posaba, premiosa. A través de la careta que cubría su rostro entero, brillaban sus ojos con la luz inconfundible de la lujuria, fijándose tenazmente en la blancura de mi amplio escote...

Su respiración anhelosa era el ritmo que acompañaba a las elucubraciones del chotis o del fox...

Hablábamos poco. El parecía rehuir toda conversación.

Se iba acercando el amanecer y yo no sabía aún a qué atenerme sobre seme[illegible]ante aventura. Al fin, el hombre del dominó me dijo :

—¿No te parece, adorable mujercita, que es hora ya de marcharnos?

—¿Dónde?—le pregunté.

—Donde el amor nos espera.

Sonreí levemente y me encogí de hombros, aceptando.

Salimos del teatro. Y penetramos en un auto, dirigiéndonos a no sé qué dirección, pues mi acompañante habló en voz baja con el chofer.

Una vez el vehículo en marcha, el hombre del dominó, sin desposeerse de su careta, me abrazó con frenesí e hizo conmigo cuantas locuras son propias del caso, exceptuando el gesto decisivo...

De pronto, como asaltado por una idea, aquel hombre me dijo :

—¡Ay! Me olvidaba. Necesito dejar un recado urgente a un camarero del Colonial.

Y dió orden al chofer de rectificar la ruta y dirigirse al popular café.

Una vez allí, mi acompañante descendió del auto y penetró vivamente en el café, de donde salió a poco, diciéndome :

—Ya está.

De nuevo el auto se puso en marcha.

¿Por qué observara yo desde el primer instante, a partir de entonces, cierta timidez en el hombre del dominó, que seguía en su sospechosa reserva? ¿Por qué, cuando habló, su voz no me pareciera ya la misma?

Pero en cuanto volvió a estrecharme entre sus brazos y a besar mi boca, estas ideas, que vagamente me habían asaltado, desaparecieron, aun cuando no dejara de darme cuenta de que aquel fuego que junto a mí ardía era otro fuego...

Poseída ya de unas locas e irreprimibles ganas de ver el rostro del que yo suponía un viejo, le dije en un gesto valiente, mientras le arrancaba la careta :

—¡Pero déjate ya ver, hombre! ¿Te figuras que me la has dado con queso? Tú eres un...

Un viejo, iba a decir; pero no pude terminar la frase. El rostro que surgió tras la careta era el de un joven imberbe, guapísimo, que me sonreía con cierto aire de turbación y que, en vez del gesto in-

dignado que yo esperaba, parecía pedirme perdón por yo no sé qué culpa.

Quedé como petrificada.

Y cuando logré reaccionar:

—Pero... ¿con esa cara tan guapa necesitas ponerte una careta para conquistar a las mujeres?

El dijo:

—Pensé que no me querrías... por demasiado joven. Y por eso no me atrevía a descubrirme.

—Pero... ¡chiquillo!...

Y le besé, con ansia primero y luego con fruición, como se saborea un caramelo.

El se dejaba hacer. Tan sólo sus manos se apoyaban en mis carnosidades en delectado contacto.

—¿Vas a quererme mucho?—me dijo.

—¡Con delirio!—exclamé sinceramente.

Y así fué, en efecto.

Le quise con todo entusiasmo, con la misma voluptuosa alegría con que me entregara al más querido de mis amantes.

Y cuando el sosiego llegara:

—Dime, muchacho—le dije—, ¿por qué has procedido conmigo así? Porque lo que me has dicho antes no es admisible. ¡Si tu juventud, precisamente, es tu mejor anzuelo! Aquí hay algo que yo no acierto a explicarme...

El calló, sonriendo maliciosamente.

Al cabo de un momento me confesó, envolviéndome en un vehemente abrazo:

—Voy a decirte la verdad. Me gustas tanto, he



—¡Y bien que te has aprovechado, sirvengüenza!

sido tan feliz contigo, que no quiero engañarte, a más de que tampoco quisiera perderte, porque aspiro a que seas mía, ¡solamente mía! Verás...

Y haciendo una pausa, y luego de un beso rápido, que intentaba quererse hacer perdonar la mentira, me espetó:

—Yo... no soy yo, ¿sabes?

—¿Cómo?

—Que yo no soy yo. Que conmigo no has estado en el teatro. Que yo salí del café, y que...

—¡Ah, bandido!—exclamé en una carcajada.

Y me lancé contra él, besándole furiosamente.

Luego me explicó el caso, que no deja de tener cierta originalidad.

Manolo, que así se llamaba el muchacho aquel, como te dijera al principio, vivía con un tío suyo, pintor de fama, rico y libidinoso, y viejo hasta el punto de no conservar de su pasada virilidad más... que el ímpetu. Quería gozar de las mujeres... como podía. Y ello sin ser reconocido por ninguna. Con tal objeto aprovechaba los bailes próximos al Carnaval para conseguir sus fines. Aquella vez se había aliado con su sobrino, al que disfrazara con un dominó igual al suyo, prometiéndole llevarle al pico una hermosa mujer, sin más que esperar pacientemente unas horas en el café. Yo había sido la víctima de aquella aventura, que le resultara al vejete a las mil maravillas, y de la que el sobrino recogiera el madurado fruto...

—¡Y bien que te has aprovechado, sinvergüenza!—le dije en cuanto terminara su relato.

—Sí, en efecto; pero tú no sabes lo mejor.

—Dime.

—¡Que tú has sido la primera mujer que he tenido en mis brazos... y que quisiera que fueses la última!

Apreté contra mi corazón a aquella criatura, y le dije con conmovido acento:

—¡Te querré, sí, con toda mi alma, mientras tú quieras! Pero no seré la última. La vida es muy larga, sobre todo para ti. ¡Y en la vida hay muchas mujeres guapas, chiquillo!

Dos meses duraron nuestras relaciones. En ellas fuí feliz, intensamente feliz. Luego nuestras vidas siguieron opuesto rumbo, como era natural, como yo fatalmente esperaba...





AHORA voy a contarte, para acabar por hoy con mis aventuras, querida Eva, cómo pasara a mi lado la fortuna, la paz y el sosiego definitivos... y cómo no acertara a retenerlos.

Mi amiga Gloria, una muchacha bastante agraciada, era de lo más infortunado que darse puede. Porque en las llamadas mujeres galantes no todo es cuestión de belleza o de simpatía. La suerte es un elemento esencialísimo para salir adelante.

Yo quería a Gloria porque era buena con todo el mundo, ¡hasta con los hombres!, y pudiera contarte de ella rasgos de delicadeza y de generosidad verdaderamente notables. Limosnas de amor, ¡cuántas hiciera!

Yo la sermoneaba:

—Mira, Gloria, no seas tonta, que *esas cosas* no se pueden dar gratis. ¡Que te toman lamenta-

blemente el pelo! Que el que quiera vicios, que los pague.

Pero ella sonreía, bondadosa, y contestaba:

—¡Bah! ¡Qué más da! Una limosna de amor la ha dado cualquiera.

* * *

En cierta ocasión, un jorobado se enamoró perdidamente de ella; la siguió en la calle, descubrió que era tanguista y al cabaret acudió durante numerosas noches en espera de rendir a la que le inspirara tan insensata pasión.

El pobre jorobeta, como era de esperar, una vez descubierto el verdadero objeto de su presencia en el cabaret, fué objeto de la solapada burla de las compañeras de Gloria. Esta comenzó a sentir hacia el pobre jorobeta una gran compasión. Acogió Gloria con benevolencia las miradas, llenas de amor, de su adorador, y hasta llegó a sonreírle acogedoramente.

Esperanzado, el desdichado ser, si se daba cuenta de las burlas de que era objeto las despreciaba con tal de obtener la sonrisa de agrado con que correspondía a sus miradas el objeto de su amor.

Una noche, Gloria se acercó al jorobeta, cuya timidez era tan grande como su pasión, y le dijo:

—¿Por qué no me habla usted? ¿Qué teme?

—Temo ser rechazado.

—¿Por qué?

El sonrió amargamente. Luego, dijo:

—¡Y me lo pregunta usted!

—No. No hay en mí crueldad alguna al hacerlo así. Y tan ello es cierto, que...

—¿Qué?—la interrumpió el jorobeta, lleno de ansiedad.

—... Que esta misma noche estoy dispuesta a ser suya.

Palideció el pobre hombre. Todo su ser tembló. No acertó a pronunciar palabra alguna.

—¿No lo cree?

—Sí, sí; pero... ¡me parece tan imposible!...

Hubo un silencio. De pronto, el jorobeta estalló en un emocionante sollozo, que conmovió profundamente a Gloria.

—¿Qué le sucede?—le preguntó Gloria.

—Que... que...

No acertaba a decirlo, lleno de una gran vergüenza. Al fin, dijo:

—Que usted no puede ser mía porque yo no tengo dinero para pagarla... ¡Vale usted tanto!...

Gloria rió. Y, bromeando, dijo al jorobeta:

—Vamos a ver, ¿cuánto da usted por una noche de amor mía?

—Yo... yo... ¡Las únicas quinientas pesetas de que puedo disponer!

—Pero, hombre de Dios, ¡si por quinientas pe-

setas puede usted aspirar a la Venus de Milo, con brazo y todo!

El jorobeta movió negativamente la cabeza, sonriendo con tristeza.

Y Gloria terminó así la escena:

—Esta noche, a la salida, me acompañará usted a mi casa y le haré dichoso. En cambio de ello, sólo una cosa le pido, que no es dinero, aunque a ello tienda. ¿No comprende usted cuál es mi deseo?

—No.

Y entonces fué Gloria quien torpemente, llena de una enorme confusión, pidió:

—Que... me... deje... usted... pasarle... un décimo... del sorteo... de Nochebuena... por... por... por..., ¿usted comprende?...

El jorobeta bajó la cabeza; una lágrima rodó por sus mejillas... Y aquella madrugada fué la más feliz de su existencia.

Más de una vez Gloria pasara hambre o privaciones. Yo la aliviaba siempre que podía; pero me daba rabia pensar que hay por esos mundos de Dios un sin fin de grullas que no valen ni la cuarta parte que Gloria y, sin embargo, no carecen de nada, y hasta se matan los hombres por ellas.

Un día Gloria y yo fuimos juntas al cabaret.

Mi amiga me había dicho:

—Necesito urgentemente diez durazos. Apenas si tengo para comer mañana, y de un momento a otro van a pasarme el recibo de la casa...

El cabaret se hallaba bastante desanimado, y los hombres que entraban y salían se ocupaban más de las tanguistas que de nosotras las volanderas.

—¡Vaya, mujer! ¡Qué mala suerte tienes!—la dije yo, dándome cuenta de que se iba aproximando el amanecer y no surgía el tan anhelado caballo blanco.

Gloria me contestó con un gesto de amarga resignación, diciendo:

—¡Qué se le va a hacer!

De pronto vimos acercarse a nosotras un hombre de unos cincuenta años, acompañado de un mozalbete apenas púber.

Murmuré alentadora a Gloria en voz baja:

—¡Vaya! Parece que esto se va a arreglar.

Los dos hombres nos invitaron a bailar, y nosotras, naturalmente, aceptamos.

Yo bailé con el cincuentón, que fué quien se dirigió a mí. Y pronto pude convencerme de que se trataba de un buen bocado. Porque en apreciar esto pocas veces erré.

Acordándome de Gloria, pensé:

—Este es el hombre que a ella le conviene, seguramente.

El cincuentón estuvo melosísimo conmigo. Me hablaba paternalmente y sus palabras transpiraban la bondad de su alma. Era muy hablador y sincero hasta la exageración. Quería casarse, y sólo anhelaba una mujer buena que le quisiera mucho, saliera de donde saliese...

Llegó a enternecerme.

Aquel hombre, escuchándole, me convenía de arriba a abajo. Pero eran ya muchos los que me habían chasqueado y cada vez mi escepticismo era mayor.

Pensando en Gloria, díjele:

—Cuando terminemos este fox va usted a bailar con mi amiga. Es una mujer encantadora, y...

—A mí quien me gusta es usted. Debe usted de tener un corazón de oro.

—El de Gloria es de platino.

El se encogió de hombros. Y como mi frialdad le contagiara, en cuanto terminamos el fox que estábamos bailando, cambiamos de pareja, según mis deseos.

Yo me entendí perfectamente con el jovencito. Gloria parecía muy contenta del cincuentón que yo le traspasara. El champán fué bebido abundantemente. Medio ébrios los cuatro, abandonamos el cabaret. Era ya pleno día. El mismo auto nos llevó a la misma casa...

Al día siguiente no vi a Gloria, ni tampoco en varios meses.

Comenzaba ya a olvidarme de ella cuando, al fin, una tarde de otoño llamaron a la puerta de mi casa.

Era Gloria.

Pero una Gloria elegantísima y rebosando en toda su persona la felicidad y la fortuna.

Nos abrazamos.

—¿Qué ha sido de tu vida?—la pregunté seguidamente.

—¿No lo sabes?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues... me he casado.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Me he casado con aquel hombre que nos encontramos en el cabaret la última noche que tú y yo estuvimos juntas. ¿No te acuerdas?

—Sí...

—Y soy muy feliz. Es un hombre muy bueno. Estaba necesitado de un alma joven que le quisiera. Es riquísimo. Residimos en La Habana, donde tenemos grandes posesiones. Ricardo, que así se llama, vino a España a casarse, a llenar el vacío de su soledad. Buscó una esposa en los salones madrileños y no la encontró. Desesperado, la halló en el cabaret... ¡Y está muy contento con ella! Ahora hemos venido a darnos una vueltecita por la vieja Europa...

Hice un gesto de tristeza.

—¿Te pesa mi felicidad?—me preguntó Gloria—. Ya sé que, en parte, a ti te la debo. Por eso he venido a verte, agradecida...

Rodaron dos lágrimas por mis mejillas.

Murmuré:

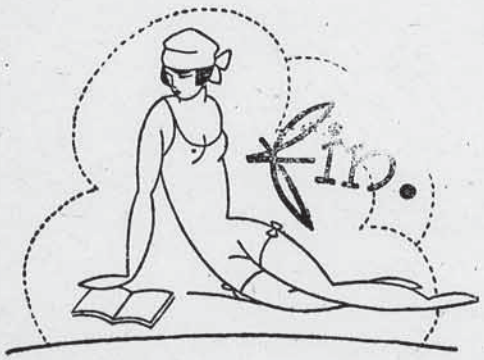
—No me pesa, Gloria. ¿Por qué me ha de pesar? Estaba escrito, sin duda, que debía ser así. Después de tu obstinada mala suerte, bien mere-

cerías que pasara junto a ti la felicidad... y la atraparas.

—¿Y tú, Leonor?

—¿Yo? Yo sigo rodando, rodando, hasta que mi vida se detenga definitivamente o hasta que, como tú, vea pasar a mi lado la dicha... y la atrape.

Y cuando Gloria y yo nos dimos el beso de despedida, no sentí envidia, no; pero había en mi corazón y en mi alma un yo no sé qué indefinible que se parecía mucho a aquélla, sin serlo...



Nueva edición de

ROCAMBOLE

Los 40 episodios completos

En 40 números semanales

Tomos de más de 100 páginas

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS